

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 7. LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE EN LA TEOLOGÍA DEL CUERPO

1) INTRODUCCIÓN	1
2) LA DOCTRINA SOBRE LA RESURRECCIÓN (CAT 66)	1
3) LAS PALABRAS DE CRISTO SOBRE LA RESURRECCIÓN COMPLETAN LA REVELACIÓN DEL CUERPO (CAT 68).....	4
4) LA INTERPRETACIÓN PAULINA DE LA DOCTRINA DE LA RESURRECCIÓN (CAT 70).....	6
5) CONCRETANDO	8
6) PRÁCTICA FAMILIAR	9

1) Introducción

Acompasados por el tiempo litúrgico de Pascua, nos adentramos este trimestre en la tercera tabla de la Teología del cuerpo de San Juan Pablo II. Tras haber profundizado en el misterio del Principio (a partir de *Mt 19,3-9*), y en el misterio de la redención del corazón (a partir de *Mt 5, 27-32*), penetramos ahora en el misterio de la resurrección de la carne (a partir de *Mt 22, 24-30*). Se trata del diálogo de Jesús con los saduceos, que negaban la resurrección de la carne.

Este tercer ciclo es el más breve de los tres, pues se compone de 9 catequesis 64-72. Elegimos el texto de tres de estas catequesis para poder leer directamente lo que nos quiere transmitir el santo Papa.

2) La doctrina sobre la resurrección (Cat 66)

1. «Pues cuando resuciten de entre los muertos, no tomarán mujer ni marido» (*Mc 12, 25*). Cristo pronuncia *estas palabras, que tienen un significado-clave para la teología del cuerpo*, después de haber afirmado en el diálogo con los saduceos, que la resurrección corresponde al poder del Dios viviente. Los tres Evangelios sinópticos contienen el mismo enunciado, aunque la versión de Lucas se diferencia en algunos detalles de la de Mateo y de la de Marcos. Para los tres es esencial la constatación de que en la futura resurrección los hombres, después de reasumir sus cuerpos en la plenitud de la perfección propia de la imagen y semejanza de Dios -después de reasumirlos en su masculinidad y feminidad-, «no tomarán mujer ni marido». Lucas, en el capítulo 20, 34-35, expresa la misma idea con las siguientes palabras: «Los hijos de este mundo toman mujer o marido; pero los que sean juzgados dignos del otro mundo y de la resurrección de los muertos, no tomarán ni mujer ni marido».

2. Como se deduce de estas palabras, *el matrimonio*, esa unión en la que, como dice el libro del Génesis, «el hombre... se unirá a su mujer y los dos serán una sola



carne» (2,24) -unión propia del hombre desde el «principio»- pertenece *exclusivamente a «este mundo»*. El matrimonio y la procreación no constituyen, en cambio, el futuro escatológico del hombre. En la resurrección pierden, por decirlo así, su razón de ser. Ese «otro mundo», del que habla *Lc 20,35*, significa el cumplimiento definitivo del género humano, la clausura cuantitativa del círculo de seres que fueron creados a imagen y semejanza de Dios para que sometieran la tierra, multiplicándose a través de la unidad conyugal del cuerpo masculino y femenino. Ese «otro mundo» no es el mundo de la tierra, sino el mundo de Dios, quien, como sabemos por la primera Carta de Pablo a los Corintios, lo llenará enteramente, viniendo a ser «todo en todos» (*1 Cor 15, 28*).

3. Al mismo tiempo, ese «otro mundo», que según la Revelación es «el reino de Dios», es también la definitiva y eterna «patria» del hombre (cf. *Flp 3, 20*) es la «casa del Padre» (*Jn 14, 2*). Ese «otro mundo», *como nueva patria del hombre, surge definitivamente del mundo actual, que es temporal -sometido a la muerte, o sea, a la destrucción del cuerpo (cf. Gén 3, 19: «al polvo volverás»)- a través de la resurrección*. La resurrección, según las palabras de Cristo referidas por los sinópticos, no sólo significa la recuperación de la corporeidad y el restablecimiento de la vida humana en su integridad, mediante la unión del cuerpo con el alma, sino también un estado totalmente nuevo de la misma vida humana. Encontramos la confirmación de este nuevo estado del cuerpo en la resurrección de Cristo (cf. *Rom 6, 5-11*). Las palabras que refieren los sinópticos (*Mt 22, 30; Mc 12, 25; Lc 20, 34-35*) resonarán de nuevo entonces (esto es, después de la resurrección de Cristo) pero a los que vuelvan a escucharlas les parecerá que tienen una nueva fuerza probativa, y al mismo tiempo que han adquirido el carácter de una promesa convincente. Sin embargo, por ahora nos detenemos sobre estas palabras en su fase «prepasual», basándonos solamente en la situación en la que fueron pronunciadas. No hay duda alguna de que ya en la respuesta dada a los saduceos, Cristo desvela la nueva condición del cuerpo humano en la resurrección, y lo hace precisamente mediante la referencia y la comparación con la condición de la que el hombre había participado desde el «principio».

4. Las palabras: «No tomarán mujer ni marido» parecen también afirmar que los cuerpos humanos, recuperados y al mismo tiempo renovados en la resurrección, mantendrán su peculiaridad masculina o femenina y que *el sentido de ser en el cuerpo varón o hembra será constituido y entendido de modo diferente* a como lo fue «desde el principio» y, después en toda la dimensión de la existencia terrena. Las palabras del Génesis, «el hombre abandonará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne» (2, 24), han constituido desde el principio un modo de ser y de relacionarse la masculinidad y feminidad incluyendo sus aspectos corporales, que puede definirse como condición «conyugal», pero que al mismo tiempo debe incluir los calificativos de «procreadora» y «generadora» ya que, efectivamente, está vinculada con la bendición de la fecundidad, pronunciada por Dios (*Elohim*) en la creación del hombre «varón y hembra» (*Gn 1, 27*). Las palabras pronunciadas por Cristo sobre la resurrección nos permiten deducir que la dimensión de masculinidad y feminidad -esto es, el ser en el cuerpo varón y hembra- será constituida de nuevo, juntamente con la resurrección del cuerpo, en el «otro mundo».

5. ¿Es posible hablar sobre este tema descendiendo más a los detalles? Sin duda, las palabras de Cristo referidas por los sinópticos (especialmente en la versión de Lc 20, 27-40) nos autorizan a hacerlo. Efectivamente, allí leemos que (los que sean juzgados dignos del otro mundo y de la resurrección de los muertos... tampoco pueden ya morir, porque son iguales a los ángeles y, siendo hijos de la resurrección, son hijos de Dios» (Mateo y Marcos refieren solamente que «serán como ángeles en los cielos»). Este enunciado permite deducir sobre todo *una espiritualización del hombre según una dimensión diferente a la de la vida terrena* (e incluso diferente a la del mismo «principio»). Es obvio que aquí no se trata de transformación de la naturaleza del hombre en la naturaleza angélica, es decir, puramente espiritual. El contexto indica claramente que el hombre conservará en el «otro mundo» su propia naturaleza humana psicósomática. Si fuese de otra manera, carecería de sentido hablar de resurrección.

Resurrección significa restitución a la verdadera vida de la corporeidad humana, que fue sometida a la muerte en su fase temporal. En la expresión de Lc 20,36 apenas citada (y en la de Mt 22,30, y Mc 12,25) se trata ciertamente de la naturaleza humana, o sea, psicósomática. La comparación con los seres celestes, utilizada en el contexto, no constituye novedad alguna en la Biblia. Ya uno de los salmos, entre otros, exaltando al hombre como obra del Creador, dice: «sin embargo, lo has hecho poco inferior a los ángeles» (Sal 8,6). Debe suponerse que esta semejanza se hará mayor en la resurrección: no a través de una desencarnación del hombre, sino mediante otro género (se podría también decir: otro grado) de espiritualización de su naturaleza somática, esto es, mediante otro «sistema de fuerzas» en el interior del hombre. La resurrección significa una nueva sumisión del cuerpo al espíritu.

6. Conviene recordar, antes de disponernos a desarrollar este tema, que la verdad sobre la resurrección tuvo un *significado-clave para la formación de toda la antropología teológica*, que podría ser considerada sencillamente como «*antropología de la resurrección*». La reflexión sobre la resurrección hizo que Santo Tomás de Aquino haya abandonado en su antropología metafísica (y a la vez teológica) la concepción filosófica de Platón sobre la relación entre el alma y el cuerpo y se haya acercado a la concepción de Aristóteles. En efecto, la resurrección atestigua, al menos indirectamente, que el cuerpo, en el conjunto del compuesto humano, no está unido al alma sólo temporalmente (como su «prisión» terrena, según opinaba Platón), sino que constituye junto con el alma la unidad e integridad del ser humano. Esto es precisamente lo que enseñaba Aristóteles, a diferencia de Platón. Si Santo Tomás aceptó en su antropología la concepción de Aristóteles, lo hizo teniendo en cuenta la verdad de la resurrección. Efectivamente, la verdad sobre la resurrección afirma con claridad que la perfección escatológica y la felicidad del hombre no pueden ser entendidas como un estado del alma sola, separada (según Platón: liberada) del cuerpo, sino que es necesario entenderlas como *el estado del hombre definitiva y perfectamente «integrado»*, a través de una unión tal del alma con el cuerpo, que califica y asegura definitivamente esta integridad perfecta.



En este punto interrumpimos nuestra reflexión sobre las palabras pronunciadas por Cristo acerca de la resurrección. La gran riqueza de contenido que estas palabras encierran pide que volvamos sobre ellas en las próximas consideraciones.

3) Las palabras de Cristo sobre la resurrección completan la revelación del cuerpo (Cat 68)

1. «En la resurrección... no tomarán ni mujer ni marido, sino que serán como ángeles en el cielo» (Mt 22, 30, análogamente Mc 12, 25). «Son iguales a los ángeles y, siendo hijos de la resurrección, son hijos de Dios » (Lc 20, 36).

La comunión (*communio*) escatológica del hombre con Dios, constituida gracias al amor de una perfecta unión, estará alimentada por la visión «cara a cara», por la *contemplación* de esa comunión más perfecta, -porque es puramente divina-, que es la *comunión trinitaria de las Personas divinas* en la unidad de la misma divinidad.

2. Las palabras de Cristo, referidas por los Evangelios sinópticos, nos permiten deducir que los que participen del «otro mundo» -en esta unión con el Dios vivo, que brota de la visión beatífica de su unidad y comunión trinitaria- no sólo conservarán su auténtica subjetividad, sino que la adquirirán en una medida mucho más perfecta que en la vida terrena. De este modo se confirmará además la ley del orden integral de la persona, según la cual la perfección de la comunión no sólo está condicionada por la perfección o madurez espiritual del sujeto, sino también, a su vez, la determina. Los que participen en el «mundo futuro», es decir, en la comunión perfecta con el Dios vivo, gozarán de una subjetividad perfectamente madura. Si en esa perfecta subjetividad, aun conservando en sus cuerpos resucitados, es decir, gloriosos, la masculinidad y la femineidad, «no tomarán mujer ni marido», *esto no sólo se explica* porque se trata del final de la historia, sino también -y sobre todo- por la «*autenticidad escatológica*» de la *respuesta* a ese «comunicarse» del Sujeto Divino, que constituirá la experiencia beatificante del don de sí mismo por parte de Dios, absolutamente superior a toda experiencia propia de la vida terrena.

3. El recíproco don de sí mismo a Dios -don en el que el hombre concentrará y expresará todas las energías de la propia subjetividad personal y psicosomática- será la respuesta al don de sí mismo por parte de Dios al hombre. En este recíproco don de sí por parte del hombre, don que será, hasta el fondo y definitivamente, beatificante, como respuesta digna de un sujeto personal al don de sí por parte de Dios, la «virginidad», o más bien el estado virginal del cuerpo se manifestará plenamente como cumplimiento escatológico del significado «esponsal» del cuerpo, como el signo específico y la expresión auténtica de toda la subjetividad personal. Así, pues, esa situación escatológica, en la que «no tomarán mujer ni marido», tiene su fundamento sólido en el estado futuro del sujeto personal, cuando, después de la visión de Dios «cara a cara», nacerá en él *un amor de tal profundidad y fuerza de concentración en Dios mismo, que absorberá completamente su entera subjetividad psicosomática.*

4. Esta concentración del conocimiento («visión») y del amor sobre Dios mismo -concentración que no puede ser sino la plena participación en la vida interior de



Dios, esto es, en la misma Realidad Trinitaria- será, al mismo tiempo, el descubrimiento, en Dios, de todo el «mundo» de las relaciones que constituyen su orden perenne («cosmos»). Tal concentración será, sobre todo, el redescubrimiento de sí mismo por parte del hombre, no solamente en la profundidad de la propia persona, sino también en esa unión que es propia del mundo de las personas en su constitución psicósomática. Ciertamente ésta es una unión de comunión. La concentración del conocimiento y del amor sobre Dios mismo en la comunión trinitaria de las Personas sólo puede encontrar una respuesta beatificante en aquellos que serán partícipes del «otro mundo», *a través del realizarse de la comunión recíproca según la medida de las personas creadas*. Y por eso confesamos la fe en la «comunión de los santos» (*communio sanctorum*) y la confesamos en unión orgánica con la fe en la «resurrección de los muertos». Las palabras con las que Cristo afirma que en el «otro mundo... no tomarán mujer ni marido», están a la base de estos contenidos de nuestra fe y, al mismo tiempo, requieren una interpretación adecuada precisamente a su luz. Debemos pensar en la realidad del «otro mundo» con las categorías del descubrimiento de una nueva y perfecta subjetividad de cada uno y, a la vez del *redescubrimiento* de una nueva, *perfecta intersubjetividad de todos*. De este modo, esta realidad significa el verdadero y definitivo cumplimiento de la subjetividad humana y, sobre esta base, el definitivo cumplimiento del significado «esponsal» del cuerpo. La total concentración en Dios mismo de la subjetividad creada, redimida y glorificada, no alejará al hombre de este cumplimiento, más bien -al contrario- lo introducirá y lo consolidará. Se puede decir, para terminar, que la realidad escatológica se volverá así fuente de la perfecta realización del «orden trinitario» en el mundo creado de las personas.

5. Las palabras con que Cristo se remite a la resurrección futura -palabras confirmadas de modo singular por su resurrección- completan lo que en las presentes reflexiones solemos llamar «revelación del cuerpo». Esta revelación penetra en cierto sentido en el corazón mismo de la realidad que experimentamos, y esta realidad es sobre todo el hombre, su cuerpo, el cuerpo del hombre «histórico». Al mismo tiempo, esta revelación nos permite sobrepasar el radio de alcance de esta experiencia en dos direcciones. Ante todo, en la dirección de ese «principio», al que Cristo hace referencia en su diálogo con los fariseos respecto a la indisolubilidad del matrimonio (cf. *Mt 19, 3-9*); en segundo lugar, en la dirección del «otro mundo», sobre el que el Maestro llama la atención de sus oyentes en presencia de los saduceos, que «niegan la resurrección» (*Mt 22, 3*) Estas dos «ampliaciones del radio de alcance» de la experiencia del cuerpo (si así se puede decir) no son del todo inalcanzables para nuestra comprensión (obviamente teológica) del cuerpo. *Lo que el cuerpo humano es en el ámbito de la experiencia histórica del hombre, no está totalmente desligado de esas dos dimensiones de su existencia*, reveladas mediante la palabra de Cristo.

6. Resulta claro que aquí se trata no tanto del «cuerpo» en abstracto, cuanto del hombre, que es a la vez espiritual y corpóreo. Prosiguiendo en las dos direcciones indicadas por la palabra de Cristo, y enlazando con la experiencia del cuerpo en la dimensión de nuestra existencia terrena (por lo tanto, en la dimensión histórica), podemos hacer una cierta reconstrucción teológica de lo que habría podido ser la experiencia del cuerpo según el «principio» revelado del hombre, y también de lo



que será en la dimensión del «otro mundo». La posibilidad de esta reconstrucción, que amplía nuestra experiencia del hombre-cuerpo, indica, al menos indirectamente, *la coherencia de la imagen teológica del hombre en estas tres dimensiones*, que concurren juntamente a la constitución de la teología del cuerpo.

4) La interpretación paulina de la doctrina de la resurrección (Cat 70)

1. Durante los capítulos precedentes reflexionamos sobre las palabras de Cristo acerca del «otro mundo», que surgirá junto con la resurrección de los cuerpos.

Esas palabras tuvieron una resonancia singularmente intensa en la enseñanza de San Pablo. Entre la respuesta dada a los saduceos, transmitida por los Evangelios sinópticos (cf. *Mt* 22, 30; *Mc* 12, 25; *Lc* 20, 35-36), y el apostolado de Pablo, tuvo lugar, ante todo, el hecho de la resurrección de Cristo mismo y una serie de encuentros con el Resucitado, entre los cuales hay que contar, como último eslabón, el suceso ocurrido en los alrededores de Damasco. Saulo o Pablo de Tarso que, convertido, llega a ser el «Apóstol de los Gentiles», tuvo también *la propia experiencia postpascual, análoga* a la de los demás Apóstoles. En la base de su fe en la resurrección, que él expresa sobre todo en la primera Carta a los Corintios (capítulo 15) está ciertamente ese encuentro con el Resucitado, que se convirtió en el comienzo y fundamento de su apostolado.

2. Es difícil resumir y comentar aquí adecuadamente la amplia y magnífica argumentación del capítulo 15 de la primera Carta a los Corintios en todos sus detalles. Resulta significativo que, así como Cristo, con las palabras referidas por los Evangelios sinópticos respondía a los saduceos, que «niegan la resurrección» (*Lc* 20, 27), también Pablo, por su parte, responde, o más bien, polemiza (conforme a su temperamento) con los que la niegan. Cristo, en su respuesta (prepascual) no hacía referencia a la propia resurrección, sino que se remitía a la realidad fundamental de la Alianza vétero-testamentaria, a la realidad del Dios vivo, que está en la base del convencimiento sobre la posibilidad de la resurrección: el Dios vivo «no es un Dios de muertos, sino de vivos» (*Mc* 12, 27). Pablo, en su argumentación postpascual sobre la resurrección futura se refiere sobre todo a la realidad y a la verdad de la resurrección de Cristo. Más aún, defiende esa verdad incluso como fundamento de la integridad de la fe: «...Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana es nuestra fe... Pero no; Cristo ha resucitado de entre los muertos» (*1 Cor* 15, 14, 20).

3. Estamos aquí situados en la misma línea de la revelación: *la resurrección de Cristo es la última y más plena palabra de la autorrevelación* del Dios vivo, que «no es un Dios de muertos sino *de vivos*» (*Mc* 12, 27). Esta es la última y más plena confirmación de la verdad de Dios, que desde el principio se expresa a través de esta revelación. La resurrección, además, es la respuesta del Dios de la vida a la inevitabilidad histórica de la muerte, a la que el hombre ha sido sometido desde el momento de la ruptura de la primera Alianza, y que, junto con el pecado, ha entrado en su historia. Esta respuesta acerca de la victoria sobre la muerte está ilustrada por la primera Carta a los Corintios (capítulo 15) con una perspicacia singular, presentando la resurrección de Cristo como el comienzo de ese cumplimiento escatológico, en el cual por El y en El todo volverá al Padre, todo le



será sometido, es decir, devuelto definitivamente, para que «Dios sea todo en todos» (1 Cor 15, 28). Y entonces -en esta victoria definitiva sobre el pecado, sobre lo que la criatura oponía al Creador- será vencida también la muerte: «El último enemigo aniquilado será la muerte» (1 Cor 15, 26).

4. En este contexto se insertan las palabras que pueden considerarse como la síntesis de la *antropología* paulina concerniente a *la resurrección*. Sobre estas palabras nos convendrá detenernos aquí más tiempo. Leemos, en efecto, en la 1Cor 15, 42-46, acerca de la resurrección de los muertos: «Se siembra corruptible y renace incorruptible. Se siembra vil y renace glorioso; se siembra débil y renace lleno de fuerza; se siembra un cuerpo animal, renace un cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo animal, también lo hay espiritual, ya que está escrito que el primer hombre, Adán, fue hecho alma viviente, pero el último Adán, fue hecho espíritu que da vida. Pero no es primero el cuerpo espiritual sino lo animal; después el espiritual».

5. Entre esta antropología paulina de la resurrección y la que surge del texto de los Evangelios sinópticos (cf. Mt 22, 30; Mc 12, 25; Lc 20, 35-36), existe una coherencia esencial, aunque el texto de la primera Carta a los Corintios está más desarrollado. Pablo profundiza lo que había anunciado Cristo, penetrando, a la vez, en los diversos aspectos de esa verdad que las palabras escritas en los sinópticos expresaban de modo conciso y sustancial. Resulta significativo, además, que en el texto paulino que *la perspectiva escatológica* del hombre, basada sobre la fe «en la resurrección de los muertos», *está unida con la referencia al «principio»*, y también con una profunda conciencia *de la situación «histórica» del hombre*. El hombre al que Pablo se dirige en la primera Carta a los Corintios y que se opone (como los saduceos) a la posibilidad de la resurrección, tiene también su («histórica») experiencia del cuerpo, y de esta experiencia resulta con toda claridad que el cuerpo es «corruptible», «débil», «animal», «vil».

6. A este hombre, destinatario de su escrito -tanto en la comunidad de Corinto, como también, podría decirse, en todos los tiempos-, Pablo lo compara con Cristo resucitado, «el último Adán». Al hacer esto, lo invita, en cierto sentido, a seguir las huellas de la propia experiencia postpascual. Al mismo tiempo le hace recordar al «primer Adán», o sea, le induce a dirigirse al «principio», a esa verdad primera sobre el hombre y el mundo, que está en la base de la revelación del misterio de Dios vivo. Así, pues, Pablo *reproduce en su síntesis todo lo que Cristo había anunciado*, cuando se remitió, en tres momentos distintos, al «principio» en el diálogo con los fariseos (cf. Mt 19, 3-8; Mc 10, 2-9); al «corazón» humano, como lugar de lucha con las concupiscencias en el interior del hombre, durante el Sermón de la montaña (cf. Mt 5, 27); y a la resurrección como realidad del «otro mundo», en la conversación con los saduceos (cf. Mt 22, 30; Mc 12, 25; Lc 20, 35-36).

7. Al estilo de la síntesis de Pablo pertenece, por tanto, el hecho de que ésta hunde sus raíces en el conjunto del misterio revelado de la creación y de la redención, a partir del cual se desarrolla y a cuya luz solamente se explica. La creación del hombre según el relato bíblico es una vivificación de la materia mediante el espíritu, gracias al cual «el primer hombre, Adán... fue hecho alma viviente» (1 Cor



15, 45). El texto paulino repite aquí las palabras del libro del Génesis 2, 7, es decir, del segundo relato de la creación del hombre (el denominado relato yahvista). Por esa misma fuente se sabe que esta originaria «animación del cuerpo» ha sufrido una corrupción a causa del pecado. Aunque en este punto de la primera Carta a los Corintios el autor no hable directamente del pecado original, sin embargo, la serie de definiciones que atribuye al cuerpo del hombre histórico, escribiendo que es «corruptible.. débil... animal... vil...», indica suficientemente lo que, según la revelación es consecuencia del pecado, lo que el mismo Pablo llamará en otra parte «esclavitud de la corrupción» (*Rom 8, 21*). A esta «*esclavitud de la corrupción*» está sometida indirectamente *toda la creación a causa del pecado del hombre*, quien fue puesto por el Creador en medio del mundo visible para que lo «dominara» (cf. *Gén 1, 28*). Así, el pecado del hombre no tiene sólo una dimensión interior, sino también cósmica. Y según esta dimensión, el cuerpo -que Pablo (en conformidad con su experiencia) caracteriza como «corruptible... débil... animal... vil»- expresa en sí el estado de la creación después del pecado. Esta creación, en efecto, «gime y siente dolores de parto» (*Rom 8, 22*). Sin embargo, como los dolores del parto van unidos al deseo del nacimiento, a la esperanza de un nuevo hombre, así también toda la creación espera «con impaciencia la revelación de los hijos de Dios... y nutre la esperanza de ser también ella liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (*Rom 8, 19-21*).

8. A través de este contexto «cósmico» de la afirmación contenida en la Carta a los Romanos -en cierto sentido, a través del «cuerpo de todas las criaturas», procuramos comprender hasta el fondo la interpretación paulina de la resurrección. Si esta imagen del cuerpo del hombre histórico, tan profundamente realista y adecuada a la experiencia universal de los hombres, *esconde en sí*, según Pablo, *no sólo la «esclavitud de la corrupción»*, sino también una esperanza semejante a la que acompaña a «los dolores del parto», esto sucede porque el Apóstol capta en esta imagen también *la presencia del misterio de la redención*. La conciencia de ese misterio se desprende, precisamente, de todas las experiencias del hombre que se pueden definir como «esclavitud de la corrupción»; y se desprende de ellas, porque la redención obra en el alma del hombre mediante *los dones del Espíritu*: «...También nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente esperando la adopción como hijos, la redención de nuestro cuerpo» (*Rom 8, 23*). La redención es la vía a la resurrección. La resurrección constituye el cumplimiento definitivo de la redención del cuerpo.

Reanudaremos el análisis del texto paulino de la primera Carta a los Corintios en nuestras reflexiones posteriores.

5) **Concretando**

1. ¿Qué visión del hombre nos ofrece el misterio de la resurrección?
2. Las palabras de Cristo sobre la resurrección, ¿son un desprecio a la realidad del matrimonio?
3. ¿Qué aporta a nuestra vida la enseñanza de San Pablo sobre la resurrección?
4. La espiritualización del cuerpo, ¿se puede interpretar como desmaterialización?



5. ¿Qué prácticas os ayudan a vivir el tiempo litúrgico de la pascua?

6) Práctica familiar

Durante este curso la propuesta de práctica tiene relación con la *ruminatio* del Evangelio del domingo siguiente que hacemos en familia. Se trata de rezar juntos la oración que San Juan Pablo II escribió para el sínodo de la familia de 1980, encomendando todas nuestras intenciones familiares a la intercesión del santo.